



## GALARDÓN ÚLTIMA TESTIGO DE UNA GENERACIÓN

## CUANDO LA POESÍA PIENSA

La poeta uruguaya Ida Vitale, de 92 años, recibe el XXIV Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana por «la pureza» y la calidad «metafísica» de su escritura concisa y espiritual

**ANTONIO LUCAS MADRID** Ida Vitale es una mujer corajuda. Anda despacio y piensa deprisa. Tiene la voz templada y un juicio de tendencia severa que no deja nunca al azar la conversación, a la que gusta darle modales de debate. Hace algo más de un año pasó por Madrid para formar parte del jurado del Premio de Poesía Fundación Loewe y allí dio la batalla y expuso su criterio de frente. No es una anciana de 92 años. Sino una mujer nonagenaria que no pierde la opción de mostrar su entusiasmo.

Y su poesía es así. Cercana y exigente. Esta montevideana (Uruguay) de 1923 tira de una escritura que no esquiva las penumbras de la realidad, pero sí las convierte en un pensamiento que va de lo lírico a lo simbólico: «Como en la distracción, / la palabra precisa / siempre la pierdes para siempre». Pertenece a la Generación del 45 o Generación Crítica. Es decir: es la última testigo de aquel grupo de escritores donde compartió entusiasmo, decepción y sitio con Juan Carlos Onetti, Idea Vilariño, Carlos Maggi o Mario Benedetti. Abandonó Uruguay en 1974 expulsada por la dictadura y se instaló en México y después en Austin (EEUU). Pero a pesar de las fatigas, las mudanzas, las derrotas y los exilios nunca perdió pie en la poesía.

Es esa trayectoria. O lo que es mejor, tal intensidad, la que le ha reconocido el jurado de la XXIV edición del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, convocado por Patrimonio Nacional y la

Universidad de Salamanca, dotado con 42.100 euros y que incluye una edición antológica de la obra de la galardonada. «Debo decir que con este reconocimiento me siento más que reconocida, reiterada», bromeó ayer. Y es que este mismo mes recibió en México el Premio Alfonso Reyes. «Debo tener por ahí arriba unas nubes ocupándose de mí... Lo que me sorprende más de todo esto que galardones así aún existan».

Ida Vitale acumula casi una veintena de conjuntos de poesía y otros tantos volúmenes de ensayo, crítica y traducción. Desde su primer libro de poemas, *La luz de*

*esta memoria* (1949) hasta *Mella y criba* (publicado en 2010 por la editorial Pre-Textos), el itinerario de esta poeta limita al norte con Juan Ramón Jiménez y al sur con Pablo Neruda. Sus poemas son de voluntad esencial, destilados, rotundos por su delicadeza: «Volar de lo distinto a lo idéntico, ad-

mirar miradores y sótanos», dice.

«Aunque entré en la poesía por Gabriela Mistral... Pero por no entenderla, pues la profesora del liceo donde estudié nos hizo aprendernos de memoria algunos de sus poemas menos conocidos. Eso para mí fue un reto... Y aquella obsesión me llevó a hacer mis propios versos». Así comenzó su aventura en las letras. Desde entonces ha levantado una obra que pronto encontró su espacio propio. «Bueno, digamos que mi obra es pequeña. Si miro retrospectivamente me doy cuenta que hice bien una cosa: no centrar mis lecturas en autores de mi entorno iberoamericano. De hecho, al principio, yo apenas leía a poetas de mi tierra. Fue más tarde cuando me adentré más en mi propia tradición. Estaba más pendiente de tradiciones foráneas, como la francesa o la italiana. Pero a pesar de eso el escritor que más influyó fue Enrique Casaravilla Lemos. Él fue mi trampolín desde el que me lancé a la escritura. La concisión y su espiritualidad me marcaron el camino y en ello sigo», comentó hace tiempo.

A los noventa y tantos sigue en la poesía. Y sigue escribiendo. Tiene un conjunto de poemas inéditos del que no da muchas pistas. «La mayoría de mis libros no tienen una temática definida. La verdad es que estoy en contra de la poesía programática. No creo en su eficacia. Mis poemas son abiertos. Su unidad está en el lenguaje empleado, porque uno puede decir cualquier cosa pero no de cualquier modo. La clave está en buscar la palabra precisa y no abusar de los recursos ornamentales».

Al fin y al cabo, para Ida Vitale la poesía es principalmente una herramienta para conectar gente: «Gente de un lado y de otro, personas de países diversos». Quizá porque nos conecta de algún modo con algo remoto, con eso que fuimos o seremos nosotros mismos: «De la memoria sólo sube / un vago polvo y un perfume. / ¿Acaso sea la poesía?». Acaso.



La poeta uruguaya Ida Vitale durante una de sus estancias en la Residencia de Estudiantes de Madrid. EL MUNDO